

Los estudiantes como jóvenes. Una reflexión sociológica*

Adrián de Garay Sánchez
Miguel A. Casillas Alvarado

Resumen

El trabajo que aquí se presenta tiene un doble objetivo: por un lado formular la necesidad de establecer un diálogo entre los estudiosos de lo juvenil y los sociólogos de la educación para comprender a los estudiantes universitarios como jóvenes; por otro lado, se enuncian los rasgos generales de una agenda de investigación que posibilite una aproximación sociológica respecto de este grupo social. Entendemos dicho diálogo como un proceso por construirse, del cual puedan desarrollarse proyectos de investigación que enriquezcan nuestro conocimiento sobre los jóvenes mexicanos.

Un diálogo necesario

UNA DE LAS temáticas de investigación menos desarrolladas en nuestro país por los especialistas en el estudio sobre jóvenes se refiere a los estudiantes universitarios. Si uno revisa la bibliografía existente sobre la problemática de los jóvenes en México, puede afirmarse que, en términos generales, hasta mediados de la década de los ochenta predominaban los trabajos que se realizaban sobre salud, drogadicción y adicciones, empleo, familia y participación política. A ello se agregó poco después el interés por los estudios sobre la mujer y aquellos que se concentraron en los valores juveniles (SEP, 1998). Vale la pena mencionar también la información resultante de los Censos de Población y Vivienda, el Conteo de Población de 1995, así como las Encuestas Nacionales de Empleo.

Pero lo que sin duda ocupó buena parte de los esfuerzos de investigación de los especialistas fueron los jóvenes de los sectores populares. Para autores como Jorge García Robles, Fabrizio León, Alejandro Alarcón, Pablo Gaytán, Francisco Gomezjara, Rossana Reguillo, Héctor Castillo, Maritza Urteaga y José Manuel Valenzuela el objeto principal de su investigación ha sido la forma agregativa banda, asunto que como reconoce Urteaga: "ha ocupado la escena en la investigación sobre la organización juvenil. La centralidad de las bandas es aplastante" (Urteaga, 1996, p. 154). Más aún, como señala Carles Feixa: "el estudio de lo "margi-

*Este ensayo es parte de una investigación más amplia financiada por el Conacyt.

nal” se ha impuesto sobre el estudio de lo “normal” (...) tenemos datos sobre drogas y violencia, pero pocos de familia, escuela y vida cotidiana” (Feixa, 1993, p. 125).

Habría que agregar que la hegemonía de los estudios sobre los sectores “marginales” o “populares” no fue una tendencia exclusiva de los *juvenólogos*.¹ En gran medida, la influencia del pensamiento marxista en las ciencias sociales en México desde finales de la década de los sesenta y hasta finales de los ochenta, contribuyó de manera significativa para que los investigadores privilegiaran sus esfuerzos en el conocimiento de los “dominados”: la clase obrera, los campesinos pobres, los jornaleros agrícolas, los habitantes de los entonces llamados asentamientos humanos en las grandes ciudades, los indígenas —por lo demás hoy una nueva moda intelectual gracias al movimiento del EZLN—, etcétera. En el caso de los estudios sobre juventud, dicha orientación se vio reforzada por la política de los organismos estatales e internacionales, responsables del diseño e implementación de políticas públicas, los cuales han estado concentrados en la atención de las necesidades y demandas de las llamadas bandas juveniles, mismas que se hicieron presentes en la escena pública con toda claridad a partir de la crisis económica de los años ochenta.

En esta perspectiva, acercarse al conocimiento de los jóvenes que lograban acceder como estudiantes a las instituciones de educación superior, no representaba una temática de investigación relevante, y menos aún, motivo de preocupación para el diseño de políticas públicas específicas para atender a este sector social, ya que significaba poner atención a un grupo social de elite, en la medida que, de acuerdo con la información oficial disponible, sólo el 14 por ciento de los jóvenes entre 20 y 24 años de edad en México para 1980, tenían la oportunidad de llegar a dicho nivel educativo.

Esto no quiere decir que no se hayan desarrollado importantes y significativos esfuerzos de investigación para conocer a los estudiantes universitarios, pero fundamentalmente se han abocado al conocimiento de su perfil socioeconómico y demográfico, así como a su desempeño y rendimiento académico, y sólo de manera parcial se han acercado a explorar otras dimensiones propias del papel estudiantil como pueden ser sus hábitos y prácticas de estudio, la infraestructura familiar con la que cuentan para realizar sus estudios, las relaciones que establecen con el profesorado, sus expectativas de empleo futuro, etcétera. Entre los autores más destacados vale la pena mencionar a Jorge Bartolucci (1995), Milena Covo (1990) y Ragueb Chaïn (1995).

¹El campo de investigación de lo que denominamos juvenólogos, está conformado por todos aquellos autores que desde diversos enfoques teóricos, trayectorias, tradiciones y preocupaciones temáticas, se han dedicado al conocimiento sobre los jóvenes en México. En un esfuerzo institucional sin precedentes, el Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, publicó en 1996 un estado del arte sobre la investigación en la materia en México. El libro intitolado *Jóvenes: una evaluación del conocimiento* (dos tomos), es una fuente de consulta obligada para identificar a los investigadores, las líneas de trabajo y las formas de abordar el estudio de los jóvenes en los últimos años.

En su gran mayoría, los trabajos de investigación que tienen como objeto de análisis los rasgos sociodemográficos y las prácticas escolares de la población estudiantil a nivel superior, tienen como principal y casi único medio de difusión de resultados a las propias instituciones educativas donde se llevan estas investigaciones; sus interlocutores están conformados fundamentalmente por las autoridades universitarias de distintos niveles internos a cada establecimiento. En muchas ocasiones se consideran investigaciones de carácter confidencial, ya que revelan las insuficiencias, carencias e inercias de los modelos educativos institucionales, asuntos delicados para hacer del conocimiento público, por el temor a que en el caso de las instituciones públicas, se generen repercusiones en la asignación de recursos financieros por parte de las autoridades de la SEP; y en el caso de las escuelas privadas se vea deteriorada su imagen, lo que puede derivar en una pérdida paulatina en el número de aspirantes dispuestos a ingresar a sus programas de licenciatura o de posgrado.

En síntesis, se trata de trabajos de investigación que pueden llamarse de tipo institucional, la mayor parte de las veces ausentes de una perspectiva teórica consistente, ya que su objetivo primordial consiste en producir informes técnicos repletos de cuadros estadísticos, donde lo que interesa es detectar el deficiente desempeño escolar de los alumnos en determinadas zonas del currículum de sus carreras, el “exceso” de tiempo que les lleva concluir su licenciatura, etcétera, en la medida que, en general, no se ajustan al modelo ideal del estudiante que las autoridades construyen en su imaginario, según el cual los alumnos se dedican de tiempo completo y exclusivo a la universidad, no trabajan, obtienen calificaciones aceptables, no adeudan materias y concluyen sus estudios en los tiempos establecidos en los planes y programas de estudio de sus respectivas licenciaturas.

Ahora bien, cuando se desarrollan proyectos de investigación emanados de una lógica estrictamente académica, esto es que siguen los protocolos propios de las ciencias sociales, y los investigadores cuentan con el apoyo y autorización de sus instituciones para difundir y compartir públicamente sus resultados de trabajo, los ámbitos y espacios donde se presentan y publican sus resultados están relacionados con la llamada investigación educativa. El problema principal es que entre el campo de estudios de la juventud y el campo de la investigación educativa en muy pocas ocasiones establecen relaciones académicas.²

En este sentido, nuestro interés consiste en plantear la urgente necesidad de establecer “puentes” entre el campo de la investigación educativa y el campo de los estudios sobre jóvenes, desarrollando una sociología de los estudiantes universitarios como jóvenes, para lo cual, en principio, habría que incorporar a la dis-

²Sin duda alguna, el análisis del reciente movimiento estudiantil de la UNAM, que paralizó las actividades académicas durante casi diez meses, se convertirá en breve en una moda intelectual y en un negocio editorial. No en balde la editorial Cal y Arena ha publicado un libro conteniendo los artículos periodísticos de varios autores que escribieron en distintos medios a lo largo del año pasado intitolado: *Deslinde. La UNAM a debate*.

cusión del campo educativo, la problemática y el debate teórico relacionados con el concepto mismo de juventud. En segundo lugar, es importante rescatar algunas de las temáticas de investigación ampliamente desarrolladas por los juvenólogos, como son las identidades juveniles y las diversas formas de organización en las que se constituyen y la construcción juvenil de la cultura. En conjunto, se trata de introducir en el campo de la sociología de la educación la dimensión de lo juvenil, con objeto de permitirnos fundar una perspectiva de análisis más amplia y compleja de los estudiantes universitarios. En la medida en que no seamos capaces de reconocer que los estudiantes de la universidad también son jóvenes, estaremos dejando de lado una dimensión analítica fundamental para comprender los distintos procesos en los que se ve inmerso este grupo social. Al mismo tiempo, consideramos que la construcción de lo juvenil resta incompleta si no se reconoce a su sector de elite, socializado en las instituciones de educación superior (IES).³

Los estudiantes universitarios, un grupo social relevante

Los jóvenes que se incorporan como estudiantes a los establecimientos de educación superior forman parte de un grupo social específico, al ocupar una posición y una función social determinada por su paso en la institución de socialización más importante después de la familia: la escuela. Se trata de sujetos sociales que conforman una elite, ya que la gran mayoría de los jóvenes mexicanos no logran acceder a dicho nivel educativo. Pese a tratarse de una minoría, el conocimiento de dichos grupos sociales es igualmente relevante; de hecho, una proporción nada despreciable pasará a formar parte de la clase dirigente de nuestro país, desarrollando sus profesiones para las cuales fueron formados, al ubicarse en muy diversos espacios y organismos, empresas e instituciones nacionales y extranjeras.

Los jóvenes que ingresan como estudiantes a las universidades e institutos de educación superior cuentan así con una historia escolar exitosa. Han invertido, al menos, doce años de su corta vida en el aprendizaje de saberes, dominio de conocimientos, desarrollo de habilidades; han conseguido librar los obstáculos de las evaluaciones y exámenes de admisión en distintos niveles y momentos. En conjunto, se trata de un grupo social en el que importantes sectores de la sociedad mexicana han fincado todo tipo de esperanzas, con la expectativa de que en buena medida de ellos dependerá el desarrollo de un país más justo, igualitario y democrático. Pero, ¿de cuántos estudiantes universitarios estamos hablando? ¿Cuántas mujeres y cuántos hombres estudian en las IES? ¿En qué tipo de instituciones realizan sus estudios? ¿En qué áreas del conocimiento se encuentran estu-

³En alguna medida, el conflicto de la UNAM estalló y alcanzó las dimensiones que todos conocemos, debido al profundo desconocimiento que las autoridades de la institución y del gobierno federal tienen sobre los estudiantes universitarios de hoy.

diando sus respectivas carreras? Hagamos una rápida revisión de algunas cifras que nos permitan ubicar la dimensión del problema que nos interesa desarrollar.

Entre principios del siglo pasado y mediados del presente siglo, la cifra total de universidades en Latinoamérica llegaba a 75. Sin embargo: "entre 1950 y 1975, los establecimientos de educación superior universitaria se multiplican en la región por más de cuatro veces hasta alcanzar, ese último año, un total de alrededor de 330 establecimientos" (Brunner, 1990, pp. 71-72). En el caso mexicano, esta tendencia continúa sostenida transformando el país, hemos pasado de tener 24 instituciones en 1950 a 1,196 en 1998.

Habría que agregar que, a diferencia de lo que ocurría en la década de los años cincuenta, hoy en día todos los estados de la República ofrecen programas de licenciatura en una amplia gama de opciones y tipos institucionales, situación que ha reducido notablemente las migraciones de jóvenes hacia las ciudades donde antaño se concentraban las instituciones de educación superior: Guadalajara, Monterrey y ciudad de México. De hecho, mientras que en 1970 el 53 por ciento de la matrícula se congregaba en el Distrito Federal, para 1997 se había reducido al 23 por ciento (De Garay, 1998).

Además de la ampliación institucional, hemos sido testigos de un considerable proceso de complejización en sus estructuras organizativas, así como de una diferenciación notable del sistema. Si hace cincuenta años la gran mayoría de las instituciones de educación superior eran de carácter público, al representar el 79 por ciento del conjunto nacional, desde 1980 predomina el sector privado por el número de instituciones; para 1998 las instituciones privadas representaban el 56 por ciento en nuestro país.

Nuestro sistema de educación superior está estructurado sobre la base de tres sectores principales que se diferencian por su orientación general, por su grado de autonomía, su tipo de financiamiento y el tipo de estudiantes que atienden; éstos son el universitario público, el tecnológico y el privado. El sector de universidades públicas está compuesto por las universidades federales y las universidades de los estados, se orienta hacia la formación profesional y al desarrollo científico, se financia principalmente de recursos públicos, goza de autonomía académica y administrativa, y atiende a muy diversos tipos de estudiantes, mayoritariamente a los herederos de sectores medios urbanos. El sector tecnológico está compuesto por los institutos tecnológicos, las universidades tecnológicas y el Instituto Politécnico Nacional (IPN) se orienta hacia los estudios técnicos con carreras vinculadas a los sectores estratégicos del país, aunque con una fuerte presencia de la administración; se financia principalmente con recursos públicos, no goza de autonomía y sus establecimientos dependen directamente del gobierno federal; en el pasado tuvo una composición principal de hijos de obreros y campesinos, pero su población actual corresponde mayoritariamente a sectores medios y populares. La aparición y desarrollo de las universidades tecnológicas en los últimos seis

años, mismas que actualmente llegan a ser 36 establecimientos, distribuidas en distintas regiones del país, tienen la peculiaridad de ofrecer programas de dos y tres años, otorgando el título de técnico superior y cuyos recursos financieros provienen del gobierno federal, de los gobiernos estatales y de diversas empresas productivas ubicadas en la localidad correspondiente. Atienden fundamentalmente a los hijos de los sectores populares urbanos y campesinos, con el propósito de formar técnicos de nivel superior que se incorporen al campo profesional en un lapso de tiempo menor al que normalmente se tiene que invertir en una licenciatura.

La educación pública ha sido el eje motor del desarrollo de la educación superior mexicana durante décadas. La transformación paulatina de nuestro país a la modernidad capitalista de la posguerra, hizo de la educación superior impulsada por el Estado mexicano un factor imprescindible de progreso. Sin embargo, dada la renuncia expresa del Estado a construir nuevas instituciones —salvo las universidades tecnológicas— y a promover la enseñanza pública, a partir de los últimos quince años el sector privado ha visto crecer paulatinamente su presencia e influencia en distintas regiones del país.

En efecto, el sector privado está compuesto por muy diversos tipos de instituciones, desde aquellas grandes universidades de elite, hasta las instituciones que sólo pueden ofrecer un puñado de carreras en edificios improvisados; se orienta hacia la formación profesional con una fuerte concentración de su población estudiantil en carreras de carácter administrativo y de gestión; se financia con las cuotas que pagan sus alumnos, que van desde los 5,000 pesos mensuales hasta los 400 pesos al mes que se paga en una academia “patrulla”; su gobierno y control académico depende de sus patronatos y los estudiantes que atiende son muy diversos, la elite social se reproduce en exclusivas instituciones y un gran número de escuelas particulares atienden a jóvenes originarios de los sectores medios urbanos.

Combinando una lógica de oposición a la educación pública, sobre todo en sus inicios en la década de los cuarenta y principios de los cincuenta, producto de la política de educación socialista del periodo cardenista, y de concebir a la educación como un negocio y/o como la generadora de los cuadros dirigentes del país, la educación superior privada adquiere poco a poco mayor presencia nacional. Conviene mencionar que en algunos casos ha ido acompañada de una visión educativa de carácter religioso, desde la gran tradición educativa de los jesuitas en México, hasta el Opus Dei. De hecho, hoy existen instituciones privadas en todas las entidades de la República, realidad impensable hace quince años, cuando en doce entidades no existía oferta de programas de licenciatura por parte de este tipo de instituciones.

Al igual que en el caso de las instituciones públicas, el “sistema” privado ha crecido de manera heterogénea y segmentada. Por un lado se han desarrollado las

grandes instituciones de elite, algunas de las cuales se han ganado un prestigio social importante, varias de ellas han construido redes nacionales, como es el caso de la Universidad Iberoamericana, la Universidad La Salle o la Universidad de Las Américas; otras, como el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, además de contar con planteles en varios estados de la República, han extendido su influencia a distintos países latinoamericanos.

En otro extremo, han surgido numerosas y ciertamente pequeñas instituciones privadas que responden a lógicas diversas: intereses educativos, económicos y políticos locales específicos; otras, con sistemas educativos que incluyen preparatorias, mismas que están atendiendo a una población proveniente de sectores sociales que no tienen interés en cursar sus carreras en las universidades públicas, pero que no cuentan con los recursos económicos suficientes para sostener sus estudios en establecimientos de elite.

El aumento de la tasa de escolaridad es producto del crecimiento de la matrícula en todo el sistema de educación superior. La universidad, de ser una institución social que daba cabida fundamentalmente a los hijos de las elites económicas y políticas, en los últimos 30 años ha transitado hacia una composición social mucho más diversificada. Las instituciones educativas están dando cabida a miles de jóvenes que se incorporan año con año a los estudios universitarios, provenientes de distintos sectores sociales de diversos capitales culturales. Si en 1970 la matrícula nacional era de 208,000 estudiantes, para 1998 llegó a 1'392,048 alumnos. Como resultado de este proceso de expansión, la tasa de escolarización superior en México alcanzó el 17 por ciento en 1998.

No obstante la mejoría en la cobertura nacional, habría que decir que después de un crecimiento importante desde finales de los sesenta y hasta mediados de los ochenta, cuando se alcanzó una tasa del 15 por ciento, durante los últimos quince años hemos sido testigos de un claro estancamiento en la ampliación de la cobertura educativa de este nivel. De hecho, la ubicación de nuestro país a nivel internacional, muestra índices de atención insatisfactorios, no sólo cuando se le compara con nuestros socios comerciales en América del Norte, sino también con países con igual o menor nivel de desarrollo. Para Canadá y Estados Unidos, se reportaba en 1995 una tasa del 90 por ciento y 81 por ciento respectivamente; en otros países latinoamericanos se han alcanzado cifras importantes: Argentina 36 por ciento, Chile 28 por ciento, Uruguay 29 por ciento (UNESCO, 1998, p. 5).

Adicionalmente, en México la cobertura educativa en la educación superior, para 1998, se distribuía de manera desigual. Mientras que en un extremo hay entidades como el Distrito Federal con una tasa de escolaridad del 38.1 por ciento, Tamaulipas con 28.1 por ciento y Nuevo León con 25 por ciento, resaltan en otro extremo Chiapas con 8.6 por ciento, Guanajuato con 7.5 por ciento y Quintana Roo con 7.7 por ciento.

La distribución de la matrícula por tipo de institución también ha sufrido variantes significativas. Mientras que en 1960 sólo el 3 por ciento de la población de licenciatura formaba parte de las instituciones privadas, en 1998 alcanzó un 24 por ciento. Sin embargo, es importante destacar que la presencia de las instituciones particulares es variable en cada entidad federativa. Por ejemplo, mientras que en Tabasco y Zacatecas la matrícula de las instituciones privadas representaba solamente el 4 por ciento en 1997, en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México alcanzó el 35 por ciento, en Puebla llegó a significar el 40 por ciento y en Guanajuato el 50 por ciento.⁴

Por otra parte, como ha sido notado en muchos trabajos, existen grandes desequilibrios en la distribución de la matrícula atendiendo a las Áreas de Conocimiento —de acuerdo a la clasificación establecida por la ANUIES— en las cuales los jóvenes realizan sus carreras. Para 1997 el 44 por ciento de los estudiantes se concentraba en las licenciaturas del Área de Ciencias Sociales y Administrativas, el 27 por ciento en Ingeniería y Tecnología, el 17 por ciento en Educación y Humanidades, en contraste con el Área de Ciencias Agropecuarias que agrupaba al 2 por ciento, Ciencias de la Salud el 8 por ciento y Ciencias Naturales y Exactas el 2 por ciento.⁵

Dicho desequilibrio se acentúa en el caso de las instituciones privadas, ya que la mayor parte de sus programas de licenciatura y, por ende, la concentración de sus matriculados, se ubica en el Área de Ciencias Sociales y Administrativas: 68 por ciento en 1997, en tanto que la matrícula del sector en el caso del Área de Ciencias de la Salud sólo representaba el 4 por ciento y en Ciencias Naturales y Exactas no alcanzaba el 1 por ciento.

En el proceso de expansión y transformación del sistema de educación superior, se gesta otro fenómeno importante, a saber, la mayor participación de la mujer, como resultado de los profundos cambios socioculturales que las sociedades occidentales han experimentado en los últimos cuarenta años. Si a principios de los setenta sólo dos de cada diez alumnos eran mujeres, hoy el 46 por ciento de los estudiantes universitarios son del género femenino, de manera similar a lo que ocurre en Estados Unidos, Canadá y en Europa Occidental (Casillas y de Garay, 1993).

Hacia una agenda de investigación

Para desarrollar una sociología de los estudiantes universitarios como jóvenes habría que considerar una agenda de investigación que tome en consideración

⁴En el caso de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, entre 1982 y 1997 de los 106,065 espacios educativos abiertos, el 72 por ciento, esto es 76,398 lugares, fueron el resultado de la demanda recibida por las instituciones privadas.

⁵Las carreras de nivel licenciatura más pobladas en 1998 eran: Derecho, Contaduría y Administración. Estas tres representaban el 33.5 por ciento de la matrícula nacional (Fuente: *Anuario Estadístico 1998*, ANUIES).

sus condiciones sociales, culturales y educativas, para aproximarnos posteriormente al entramado de relaciones fundamentales que los estudiantes en tanto agentes sociales establecen en la universidad y que caracterizan sus procesos formativos.

Es necesario consignar como primera premisa que las características de los estudiantes universitarios cambian frecuentemente, lo que vuelve indispensable un trabajo sistemático sobre las características morfológicas básicas del estudiantado. Su análisis periódico permite observar las principales tendencias de desarrollo del sistema y ubicar algunos de los rasgos cambiantes de esta población en permanente mutación.

El número de estudiantes y su distribución por sectores y regiones es un referente elemental para reconocer la estructura del sistema de educación superior y las relaciones de la universidad y su entorno social.

Como se ha señalado líneas arriba, nuestro sistema de educación superior se estructura sobre tres sectores principales: el universitario público, el tecnológico y el privado. Dadas sus diferencias, las experiencias de socialización que viven los alumnos son diferentes: por estar en distintos tipos de institución, los jóvenes estudiantes de la educación superior se diferencian por el tipo de conocimientos que construyen cotidianamente; por las expectativas educativas, profesionales y sociales que se invierten durante una carrera de años variables; por el tipo de trayectoria que involucra distintas estrategias de vida, de estudio y aprendizaje; y por el tipo de identidad específica que se construye a lo largo de los estudios superiores.

El sector de universidades públicas es el más consolidado y antiguo, en él se ofrece una amplia diversidad de carreras, niveles (licenciatura, maestría, doctorado), opciones formativas de educación permanente y servicios de apoyo (edificios de cómputo, bibliotecas, laboratorios, talleres e instalaciones deportivas) que otorgan un sentido de continuidad en los estudios, conforman un ambiente cosmopolita marcado por la coexistencia de muy variadas disciplinas y promueven una permanencia productiva; además, la investigación científica desarrollada en su seno sostiene una formación que compensa los pragmáticos y utilitarios valores de los mercados profesionales con la cultura científica y humanística de autonomía del conocimiento. En la medida que las universidades públicas participaron con sus egresados en intensos procesos de movilidad social, las expectativas estudiantiles construidas en su interior continúan fuertemente marcadas por la ilusión de un título; sin embargo el sentido se ha transformado, pues si antes el certificado servía para ascender socialmente, ahora en una época marcada por la pauperización y el desclasamiento, al menos funciona como paracaídas para no caer tan fuerte. En su interior los estudiantes de las áreas disciplinarias y científicas se reconocen como miembros en formación de la elite científica, mientras que los de las áreas profesionales se reconocen con una identidad jerárquica en franca competencia respecto de los que cursan en algunas instituciones privadas. El sector de universidades pú-

blicas se diferencia de los otros por su amplia oferta cultural, que involucra la enseñanza de las artes y la difusión de la cultura, lo que seguramente marca la experiencia socializadora de sus jóvenes alumnos.

El sector de instituciones tecnológicas está fuertemente segmentado (en su calidad, recursos y potencialidades académicas) entre el politécnico y los institutos tecnológicos; con excepción del IPN y sobre todo del Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados del IPN (Cinvestav) la mayoría de los establecimientos no cuentan con recursos suficientes, ni profesores dedicados a la investigación ni programas de posgrado; muchos de los programas de estudio de este sector tienen fuertes cargas de administración y por tanto el tipo de preocupaciones dominantes son pragmáticas, de aplicación y desarrollo de tecnología. Las lógicas de la enseñanza giran en torno a lo aplicado sin gran presencia de la teoría; en las formaciones individuales destaca el desarrollo de habilidades y el manejo de instrumentos. Su composición estudiantil, más popular que la de las universidades públicas, es originaria de sectores sociales con muy escasos volúmenes de capital cultural y de emigración reciente a las ciudades. El carácter técnico de la formación se realiza sin intervención extensiva del humanismo y las instituciones de este sector no destacan por su amplia oferta cultural.

Por el tipo de población que atienden, las instituciones privadas pueden observarse también fuertemente segmentadas: las de la elite y las de las clases medias. Las primeras se componen de establecimientos funcionales a la reproducción de los valores, costumbres y hábitos de los sectores dominantes; son de colegiaturas muy altas y se encuentran pobladas por los herederos, socializados en un circuito de relaciones muy exclusivas; con contenidos académicos orientados a desarrollar capacidades de liderazgo y dirección, predominan las carreras de administración y algunas ingenierías, no practican tareas de investigación relevantes ni cultivan—salvo excepción de la Ibero (Universidad Iberoamericana)— las humanidades; sostienen una oferta de posgrado importante, sobre todo de carácter profesionalizante; es escaso el número de profesores de tiempo completo, pues en muchas ocasiones contratan por horas a profesionistas y a investigadores de las universidades públicas que fomentan el desarrollo de las capacidades expresivas de sus alumnos y el espíritu emprendedor.

La mayoría de las instituciones privadas no corresponden al perfil precedente sino al segundo tipo. En efecto, estudiantes originarios de los sectores medios de la población que viven intensos procesos de desclasamiento, muchos de ellos con trayectorias académicas irregulares o rechazados de las universidades públicas, participan cotidianamente en procesos educativos en instalaciones improvisadas, con estructuras curriculares poco diversas (escaso número de carreras concentradas en una o dos áreas del conocimiento); en establecimientos con profesores por horas (sin certificación de sus capacidades), sin investigación, posgrado ni difusión cultural, se forma con muy diversas calidades y criterios diversos sobre

el rigor académico, a jóvenes estudiantes con expectativas sociales desintegradas; en estas instituciones, al tener como principal propósito hacer negocio, los valores académicos pierden sentido y la relación educativa se vacía de contenido.

La juventud universitaria se distribuye de manera desigual: la mayoría de los estudiantes se ubican en el sector de universidades públicas, por su tamaño le sigue el sector tecnológico y luego el sector privado. Como ya hemos indicado, este último ha vivido una fuerte expansión en su número desde la década pasada. Antaño concentrada en la ciudad de México y dos o tres ciudades más, la educación superior ha vivido una fuerte mutación en la geografía nacional expandiendo sus posiciones en casi todas las ciudades del país, diversificando con esto la oferta y descentralizando la matrícula estudiantil. Este desarrollo educacional ha acompañado las expansiones urbanas de las ciudades tradicionales y la aparición de nuevos núcleos de población. Sin embargo hay diferencias notables entre algunas regiones, que se identifican con los grados de desarrollo económico y social, como los contrastes entre el Norte industrializado y el Sur “subdesarrollado”. En términos de las dotaciones de capital cultural, el origen rural o urbano de primera o de varias generaciones es fundamental para explicar las diversas maneras de vivir la universidad, pues no es lo mismo ser hijo de un profesionista que el primer miembro de la familia en pisar este territorio.

México es una nación con acentuados contrastes entre las clases sociales que ha experimentado durante los últimos 20 años un proceso de expansión de la pobreza y una pauperización creciente de los antiguos sectores medios. Al mismo tiempo, una profunda mutación cultural ha marcado nuestro país, destacando entre otros rasgos el aumento de la cobertura y nivel de retención de la educación básica y media, y la emergencia de la televisión y otros medios masivos de comunicación como fuentes de divulgación del conocimiento. Sin embargo el acceso a los bienes de consumo cultural se mantiene fuertemente segmentado y el *origen social* es un factor que influye de modo importante para establecer diferencias profundas entre los estudiantes universitarios.

Tanto la familia de origen como el peso de las socializaciones del pasado son fundamentales para explicar las diferencias que caracterizan la experiencia estudiantil y distinguen a los estudiantes universitarios. En el mismo orden, el *capital cultural*⁶ de que disponen los estudiantes y sus familias explica las acentuadas diferencias entre la población estudiantil; esto resulta observable a través del análisis del tipo de trayectoria escolar previa (instituciones públicas o privadas, de elite o masificadas), de los objetos y recursos con que apoyan el aprendizaje en sus casas, de los tipos de valoración con que se refieren las familias respecto de los estudios superiores y de los habitus particulares construidos en las interacciones sociales que han definido su existencia. Ante la falta de estadísticas sociodemográficas confia-

⁶Véase Pierre Bourdieu, “Los tres estados del capital cultural”, *Sociología*, núm. 5, UAM, México, 1987.

bles, observar la escolaridad de los padres resulta un indicador pertinente para advertir la desigualdad de ambientes familiares de origen, donde sólo una minoría cuenta con los referentes culturales y simbólicos exigidos por las instituciones, dada la complejidad de los conocimientos que se desarrollan en su interior y dado el *currículum oculto*⁷ que exige determinadas actitudes y comportamientos para los cuales la mayoría no están dotados.

Uno de los elementos principales que marcan diferencias importantes en las experiencias de la vida universitaria es compartir la vida académica con la condición de trabajador asalariado. La *condición laboral* y los recursos económicos de que disponen los alumnos y sus familias marcan desiguales oportunidades para la permanencia, —pueden alentar o limitar el tiempo y la dedicación a los estudios—, son definitivos para contar con condiciones de estudio en el hogar y sostener un consumo cultural. El análisis de las características de los estudiantes que trabajan conduce a reflexionar en las jornadas laborales, en la complejización del transporte y el establecimiento de las jerarquías de las diversas actividades; el uso del tiempo es siempre un factor nítido de diferenciación entre los estudiantes que trabajan y los que no lo hacen, y su análisis permite comprender a los estudiantes como seres sociales complejos, con diversas ocupaciones, intereses y prioridades en la vida.

Aunque emergió como fenómeno desde los años sesenta y caracteriza una de las transformaciones más relevantes en la población estudiantil, la feminización ha sido escasamente reconocida en las universidades. Sin embargo, el análisis de la *composición por género* es indispensable para observar uno de los rasgos de diferenciación más significativos entre los estudiantes de la moderna universidad. Construida a lo largo de muchos siglos con un carácter masculino,⁸ la universidad es una institución subvertida en su sentido tradicional por la reciente presencia masiva de las mujeres. Sin embargo, suponer que la apertura de la universidad a las mujeres es un rasgo liberador en sí mismo es una exageración, puesto que la socialización que reciben en la educación superior se encuentra orientada por la cultura de género dominante, que las conduce a ser “elites discriminadas” según la expresión de María Antonia García de León (Bourdieu, 1998, p. 100).

Los cambios mismos de la condición femenina obedecen siempre a la lógica del modelo tradicional de la división entre lo masculino y lo femenino. Los hombres conti-

⁷Véase Monique Landesman (comp.), *Currículum, racionalidad y conocimiento*, UAS, México, 1988; John Eggleston, *Sociología del currículo escolar*, Ed. Troquel, Argentina, 1989; P.W. Jackson, *La vida en las aulas*, Ed. Morata, Madrid, 1991.

⁸Bourdieu escribe que la dominación masculina se sostiene por un incesante trabajo histórico de reproducción en el cual “los dominados aplican categorías construidas desde el punto de vista de los dominantes a las relaciones de dominación, haciéndolas pasar de esta manera como naturales. La violencia simbólica se instituye por la intermediación de la adhesión que el dominado no puede dejar de acordar con el dominante (por lo tanto con la dominación) puesto que no dispone —para pensar y pensarse, o incluso, para pensar su relación con él— de instrumentos de conocimiento que tiene en común con él, no siendo éstos que la forma incorporada de dominación, haciendo aparecer esta relación como natural” (Bourdieu, 1998, p. 41) (versión en español de los autores).

núan dominando el espacio público y el campo del poder (netamente económico, sobre la producción) mientras que las mujeres se mantienen orientadas (de manera predominante) al espacio privado (doméstico, el lugar de la reproducción), donde se perpetúa la lógica de la economía de los bienes simbólicos [...]

Si las antiguas estructuras de la división sexual parecen todavía determinar la dirección y la forma misma de los cambios, es que además ellas son objetivadas en las opciones educativas, en las carreras, en los puestos más o menos sexuados, ellas actúan a través de tres principios prácticos que las mujeres —y también su entorno— ponen a funcionar en sus opciones: según el primero de estos principios, las funciones convenientes a las mujeres se sitúan en la prolongación de las funciones domésticas: enseñanza, salud, servicio; el segundo quiere que una mujer no puede tener autoridad sobre los hombres y el tercero confiere al hombre el monopolio del mantenimiento de los objetos técnicos y de las máquinas (Bourdieu, 1998, p. 101).⁹

Aunque la feminización ha ocurrido de manera diferencial entre carreras e instituciones, de acuerdo con el prestigio social de las profesiones, la expansión del número de mujeres es un hecho en todo el sistema de educación superior, prácticamente son las responsables del incremento de la matrícula ocurrido en los diez últimos años. De esta manera, la universidad se ha convertido en el principal campo de producción cultural que alienta la movilidad social y la transformación de los papeles tradicionales de las jóvenes mujeres. De tal manera que cualquier análisis sociológico de los estudiantes universitarios debe tomar en consideración la cambiante estructura de la oferta educativa de las instituciones que conforma también distintas *orientaciones por carreras y áreas de estudio*.

Además de desarrollarse en todas las áreas, el crecimiento en el número de mujeres universitarias ha sido más radical en algunos campos; hoy tenemos licenciaturas con poblaciones “casi” totalmente femeninas (psicología, enfermería, pedagogía) o licenciaturas que tradicionalmente tenían un perfil masculino y se han feminizado (sociología, administración, diseño, comunicación). Los viejos reductos masculinos de las ingenierías y las ciencias duras hoy se encuentran acosados por la presencia de los códigos e identidades femeninas. Hay sectores institucionales más feminizados que otros, guardando las proporciones, la presencia femenina es más acentuada en el sector de instituciones privadas, mientras que al sector tecnológico es donde menos mujeres acceden; aunque por supuesto, hay diferencias notables entre instituciones específicas.

La universidad, en tanto estructura meritocrática es profundamente desigual. El análisis de las trayectorias estudiantiles (reprobación de exámenes y asignaturas) de la *eficacia terminal* (relación entre el número de ingresos y de egresos) y la *deserción escolar*, permite comprender cómo al interior de las universidades ocurren procesos de clasificación que diferencian a los estudiantes en términos del éxito o

⁹Traducción de los autores.

el fracaso escolar. De igual manera el tiempo de terminación de los estudios constituye una arbitrariedad, pues se impone como norma lo que sólo algunos pueden realizar. Por ocurrir en instituciones certificadoras, el éxito o el fracaso en la universidad recubre los sistemas clasificatorios que distinguen a los incluidos de los excluidos; a los poseedores del saber legítimo y que gozan del monopolio en el ejercicio profesional del resto de miembros de la sociedad.

Las diferentes *condiciones de estudio* son punto de referencia obligada para observar el éxito o el fracaso en la universidad. Triunfar significa culminar los estudios y obtener el diploma correspondiente, mientras que el fracaso toma el rostro de la frustración, la vergüenza y el silencio. Los estudiantes se diferencian fácilmente por los recursos con que cuentan en sus casas y que son necesarios para sostener un desempeño escolar aceptable. Muchos jóvenes universitarios no tienen un espacio privado para estudiar, un librero (lo cual también refiere a la valoración social de los libros como objetos), un escritorio o una simple máquina de escribir; el acceso a computadoras es todavía marginal y mucho más su conexión a Internet.

Una aproximación sociológica a los jóvenes universitarios no puede limitarse solamente al análisis de los datos y sus significaciones que se han enumerado con anterioridad. Para ver a los agentes universitarios en movimiento es preciso un análisis del tipo de relaciones que establecen, a partir de los siguientes elementos:

1. Los estudiantes universitarios son un grupo social específico, se caracterizan por participar sistemática y cotidianamente en procesos de interacción estructurados sobre la base de papeles específicos en el marco de los conocimientos que son objeto de los aprendizajes. Esto es, la configuración específica que constituye su tejido de relaciones se estructura cotidianamente alrededor de los procesos de aprendizaje, pues es en las aulas y laboratorios donde todos los días, casi siempre dentro de un horario determinado, se reúnen los jóvenes y se identifican como estudiantes.

En tanto institución social encargada de la instrucción y habilitación para el trabajo, es decir institución escolar, la universidad tiene por objeto la socialización sistemática, ordenada y jerárquica en torno a conocimientos, valores, actitudes que conforman los *ethos* profesionales y disciplinarios.¹⁰ La universidad conforma un *habitus*¹¹ en torno al conocimiento, la ciencia, la tecnología y la cultura. En el mismo orden, la educación superior sea tecnológica, normal o universitaria, se encuentra estructurada en torno a un sistema jerárquico y de prestigios en el que se reconoce como valor dominante el saber; la relación maestro-alumno re-

presenta en el origen un proceso de interacciones donde papeles y status están condicionados a valores como la sabiduría y la erudición, la fama, la sistematicidad, el prestigio, la creatividad, la originalidad, la innovación o la sensibilidad que derivan del trabajo académico (Casillas, 1998).

Dados sus antecedentes escolares, los estudiantes universitarios dominan ya el lenguaje que es el sistema de ideas generales y el sistema de clasificaciones de los que hablaba Durkheim (1976, p. 103) y que son básicos para la integración de la sociedad. En la universidad, en el marco de las disciplinas y teorías, no sólo aprenden un código lingüístico¹² particular y especializado, sino que viven cotidianamente en un ambiente donde los universitarios elaboran y debaten las nociones de la ciencia “que dominan sobre nuestro pensamiento: nociones de causa, de ley, de espacio, de número, de cuerpo, de vida, de conciencia, de sociedad, etcétera, [las cuales] están perpetuamente en evolución” (Durkheim, 1976, p. 102).

2. Los jóvenes estudiantes se reúnen con una creencia común y compartida vinculada con el propósito de aprender; es entonces, desde la universidad y en su lugar de aprendices que se integran a un grupo social y profesional en particular. De esta manera, los alumnos universitarios se vinculan en una relación de construcción del conocimiento, desde ahí se socializan en torno de valores, costumbres, concepciones del mundo, teorías y posturas respecto del conocimiento y su papel en la sociedad.

Alrededor del trabajo académico, en la universidad estamos ante un esfuerzo socializador que tiende al desarrollo de una cierta representación “especializada” del mundo, que se opone a la formación generalista que orienta el sistema educativo previo; el código simbólico que se aprende en cada facultad implica la socialización en torno a valores y creencias, de sistemas de referencia y evaluación de lo real que permiten operar con los conocimientos especializados en el marco de organizaciones complejas y una creciente división y especialización del trabajo.

3. Los estudiantes construyen trayectorias comunes entre las generaciones, sin embargo cada individuo escoge diferentes cursos académicos, pues seleccionan carreras, materias, profesores, horarios y definen si su trayectoria es regular o irregular. Durante sus trayectorias construyen estrategias de estudio y aprendizaje, que pueden expresarse en los hábitos individuales de trabajo y en los espacios colectivos que van desde el salón, la biblioteca, los jardines o la cafetería, hasta hacer la tarea en casa de algún cuate. Al tomar estas decisiones los estudiantes definen sus estrategias de vida, pues en muchos casos es determinante la continuidad en los estudios en la relación con el trabajo remunerado, la familia, los amigos y los novios. Por ejemplo, a diferencia de las tendencias promedio nacionales que ocurren en la juventud, el sector universitario estructura una estrategia matrimonial que re-

¹⁰Véase Robert K. Merton, *Teoría y estructuras sociales*, FCE, México, 1980, y del mismo autor *Estudios sobre sociología de la ciencia*, Alianza Universidad, Madrid.

¹¹Bourdieu define al *habitus* como “sistemas de disposiciones durables y trasladables, estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir en tanto principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones” (Bourdieu, 1980, p. 88).

¹²Véase Basil Bernstein, 1989.

trasa esta decisión hasta después de terminar los estudios, hacia mediados o finales de los veinte años de edad.

4. Los estudiantes en la universidad construyen identidades específicas vinculadas a su orientación profesional y a la institución. La socialización en la universidad está ordenada por la construcción de identidades sociales y profesionales. Se dan procesos de integración a profesiones y disciplinas, lo que implica tomar como propio el pasado, el presente y el futuro del grupo profesional o científico. La manera en que se integran las identificaciones se expresa a través de la coherencia de un lenguaje, es decir "el conjunto de signos y símbolos que hacen posible estar en relación con un dominio de objetos" (Foucault, 1969, p. 25).

En el marco de las instituciones de educación superior los estudiantes construyen identidades marcadas por el perfil del establecimiento, sus prácticas y tradiciones. De esta manera, los festivales, competencias deportivas, manifestaciones políticas y demás eventos colectivos se convierten en espacios de intercambio de bienes simbólicos, donde los jóvenes se reconocen e identifican a través de códigos lingüísticos, maneras de vestir y portar el vestido (que representan un *hexis* corporal como dice Bourdieu) y donde encuentran causas y problemas comunes. Algunos espacios institucionales, como las bibliotecas, cafeterías y galerías, son usados por los estudiantes que amplían las estrictas funciones para las que fueron diseñados y los convierten en territorios donde priva su ley.¹³

La universidad se presenta como un espacio unificado pues aunque el mundo de la universidad extiende sus horizontes hacia los de las profesiones y el trabajo, se presenta para la experiencia de los estudiantes como un mundo propio, con contornos precisos. De esta manera, la socialización en la universidad va articulando los procesos afectivos, con el aprendizaje de las jerarquías, con el de los códigos simbólicos y prácticos de las profesiones y disciplinas en un espacio específico, geográficamente localizado, delimitado de la ciudad por sus muros, jardines y autonomías. Las reglas de la cotidianidad universitaria sólo funcionan allí, en la institución, y lo primero que aprenden los estudiantes es a dominarlas.

Sin embargo es en lo cotidiano, en las tareas de enseñanza y aprendizaje, en los salones de clase, en los laboratorios y en los talleres, donde se conforman cadenas de interdependencia que dan lugar a configuraciones¹⁴ específicas en donde estudiantes y profesores tejen relaciones que involucran "su intelecto, toda su per-

¹³Véase Germán Álvarez y Miguel Casillas, "Los nuevos procesos en la UNAM", *Cuadernos Políticos*, núm. 49-50, Era, México, enero-junio de 1987, pp. 69-75. En el mismo número véase el artículo de Carlos Monsiváis "Duro, duro, duro. El movimiento estudiantil en la UNAM", pp. 31-60.

Respecto del uso que definen los estudiantes por sus prácticas, hay frecuentes roces con las autoridades: el ruido de las bibliotecas, jugar en los jardines, usar el estacionamiento para beber alcohol, aprovechar los pastos para dormir o para el cachondeo, etcétera. Estos usos son definidos por las prácticas estudiantiles y contravienen la funcionalidad originalmente planificada, las autoridades y empleados defienden las normas pero los estudiantes las subvierten cotidianamente.

¹⁴Véanse los trabajos de Norbert Elias, particularmente *La sociedad de los individuos*, *El proceso de la civilización*, *La sociedad cortesana*.

sonas, sus acciones y sus relaciones recíprocas" (Elias, 1990, p. 157). Estas cadenas de interdependencia que vinculan a quienes componen las universidades, son de muy variados ordenes: hay vínculos afectivos (amores y desamores, pasiones, edipos, identificaciones y solidaridades), hay vínculos económicos (las interdependencias cambiantes que derivan de la división del trabajo, de las que ya hablaba Durkheim), hay vínculos de integración a las profesiones y disciplinas (aprendizaje de los códigos, normas y mecanismos que estructuran a las corporaciones o asociaciones de profesionistas, científicos, técnicos o humanistas). Alrededor de este complejo funcional los estudiantes aprenden a desenvolverse y a dominar la integración y la diferenciación, propias de las organizaciones sociales, porque todos los elementos que componen a estas relaciones no se presentan por separado ni como distintos a los ojos de los estudiantes.

Bibliografía

- ALARCÓN, F. et al., *Las bandas juveniles en una zona industrial de la ciudad de México*, Antropología Social, ENAH, México, 1986.
- ÁLVAREZ, G. y M. Casillas, "Los nuevos procesos en la UNAM", *Cuadernos Políticos*, núms. 49-50, Era, México, enero-junio de 1987.
- BARTOLUCCI, J., "La expansión de la educación superior en México y el estudiantado de la UNAM", en *Seminario: Los temas de la agenda estudiantil*, UNAM, México, 1995.
- BERNSTEIN, B., *Clases, códigos y control*, 2 tomos, Akal Universitaria, Madrid, 1989.
- BOURDIEU, P., *Le sens pratique*, Minuit, París, 1980.
- , "Los tres estados del capital cultural", *Sociológica*, núm. 5, UAM, México, 1987.
- , *La Domination Masculine*, Seuil, París, 1998.
- BRUNNER, J.J., *Educación superior en América Latina. Cambios y desafíos*. FCE, Chile, 1990.
- CASILLAS, M.A., "Notas sobre la socialización en la universidad. De la tradición a la innovación necesaria", *JOVENes*, núm. 7, *Revista de Estudios sobre Juventud*, cuarta época, año 2. Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, Causa Joven, SEP, México, abril-diciembre de 1998.
- y A. de Garay, "Lo público y lo privado en la educación superior en México", *Sociológica*, núm. 22, Departamento de Sociología, UAM-A, México, 1993.
- CASTILLO, H. et al., "Juventud popular y banda en la ciudad de México", en N. García Canclini (coord.), *Cultura y postpolítica. El debate sobre la modernidad en América Latina*, CNCA, México, 1995.
- Comité de Promoción del AII, *Memoria del Foro Nacional de Investigación sobre la Juventud*, CREA, México, 1985 (inédito).
- COVO, M., "La composición social de la población estudiantil en la UNAM", en Ricardo Pozas (coord.), *Universidad Nacional y Sociedad*, Porrúa-UNAM, México, 1990.
- CHAIN, R., *Estudiantes universitarios. Trayectorias escolares*, Universidad Veracruzana, Universidad Autónoma de Aguascalientes, México, 1995.
- DE GARAY, A., "¿Privatización de la educación superior o distribución tácita de la demanda?", *Revista de la Educación Superior*, ANUIES, México, 1998.

- DURKHEIM, E., *Educación como socialización*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1976.
- EGGLESTON, J., *Sociología del currículo escolar*, Ed. Troquel, Argentina, 1989.
- ELIAS, N., *La sociedad cortesana*, FCE, México, 1982.
- , *El proceso de la civilización*, FCE, México, 1989.
- , *La sociedad de los individuos*, Península, Barcelona, 1990.
- FEIXA, C., "La ciudad en la antropología mexicana", *Cuadernos del Departamento de Geografía e Historia*, Universidad de Lleida, España, 1993.
- FOUCAULT, M., *Le Mot et les Choses*, Gallimard, París, 1969.
- GARCÍA ROBLES, J., *¿Qué transa con las bandas?*, Ed. Posada, México, 1985.
- GAYTÁN, P., "Notas sobre el movimiento juvenil. México: institucionalidad y marginalidad", *Revista A*. vol. VI, núm. 16, UAM-A, México, 1985.
- GÓMEZ JARA, F. y F. Villafuerte, *Pandillerismo en el estallido urbano*, Ed. Fontamara, México, 1985.
- JACKSON, Ph. W., *La vida en las aulas*, Ediciones Morata, Madrid, 1991.
- LANDESMAN, M. (comp.), *Currículum, racionalidad y conocimiento*, UAS, México, 1988.
- LEÓN, F., *La banda, el consejo y otros panchos*, Ed. Grijalbo, México, 1985.
- MERTON, R., *Estudios sobre sociología de la ciencia*, Alianza Universidad, Madrid, 1981.
- , *Teoría y estructuras sociales*, FCE, México, 1980.
- REGUILLO, R., *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de comunicación*, ITESO, Guadalajara, México, 1991.
- SEP, "Introducción" al *Documento marco*, presentado en el Segundo Encuentro Nacional de Investigadores sobre Juventud, Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, Causa Joven-SEP, Ixtapan de la Sal, México, diciembre de 1998.
- UNESCO, "Panorama estadístico de la enseñanza superior en el mundo: 1980-1995", documento de Trabajo, Conferencia Mundial sobre la Educación Superior, París, 1998.
- URTEAGA, M., "Organización juvenil", en J.A. Pérez Islas y E.P. Maldonado (coords.), *Jóvenes: una evaluación del conocimiento. La investigación sobre juventud en México. 1986-1996*, t. I, Causa Joven, SEP, México, 1996.
- VALENZUELA, J.M., *¡A la brava ése!*, Colegio de la Frontera Norte, México, 1988.